

Capítulo Primero. NOTAS INTRODUCTORIAS

Este libro es un intento más para entender cómo funcionan los sistemas políticos de los países latinoamericanos. El estudio de los partidos políticos se presenta relevante en la medida en que son piezas clave en la operatividad de la política en situaciones donde reina la poliarquía como acontece en la región de forma generalizada y continua desde la década de 1980. El libro representa también un intento de conjugar la literatura clásica con nuevas direcciones en el estudio de los partidos en un espacio particular. En América Latina los partidos no han sido instituciones extrañas, pero los trabajos de referencia de mayor impacto en la Ciencia Política han tendido a prestarles muy poca atención. Los partidos latinoamericanos ni han sido habitualmente objeto de estudio ni su realidad ha servido para generar la teoría desarrollada a lo largo del siglo XX.

La evolución de los partidos políticos latinoamericanos queda bien reflejada en la literatura de Ciencia Política que ha tenido históricamente un lastre triple de naturaleza muy distinta. En primer lugar, el pobre asentamiento de la democracia en la región ha afectado muy significativamente al papel relevante de los partidos y, en consecuencia, al interés del estudio de los mismos. Solamente desde perspectivas nacionales específicas se registraron excepciones en función de la mayor relevancia de las formaciones partidistas. En este sentido, los estudios sobre los partidos chilenos, uruguayos e incluso colombianos fueron un eslabón inédito en el panorama regional. Si ya Ostrogorski había señalado al comienzo del siglo XX que el advenimiento de la democracia rompió en pedazos la vieja estructura de la sociedad política¹, ello no iba a ser menos para el alto número de países latinoamericanos que accedieron realmente por primera vez en su historia a la democracia en las dos últimas décadas² aunque fuera un siglo más tarde. Pero la ausencia de un medio democrático había supuesto un sesgo evidente para cualquier estudio que hubiera querido tomar toda la región como un único marco de referencia³.

Esta circunstancia explica el segundo lastre que es la escasa presencia de estudios globales comparados. Si los partidos eran para el estudioso, aunque no en la realidad política, una *rara avis*, más extraño resultaba todavía llevar a cabo análisis comparativos de los mismos. Algo que, por otra parte, no ha sido ajeno al ámbito de otros actores o procesos en la región, que ha aducido de una secular carencia de conocimiento comparado. La producción politológica se centró, como luego se volverá sobre ello, en los estudios de caso o en la comparación de ciertas áreas institucionalmente más desarrolladas como sucedía con el Cono Sur.

¹ La cita textual es: “*The advent of democracy shattered the old framework of political society*”; cita con la que se abre el primer volumen de la muy popular obra de Ostrogorski publicada originalmente en francés y traducida al inglés en 1902, aunque la edición aquí consultada sea la de 1922.

² Este sería el caso fundamentalmente de México, Paraguay, República Dominicana, Panamá, El Salvador y Nicaragua, aunque también podría extenderse a Bolivia, Ecuador, Guatemala y Honduras, al menos en términos de extensión temporal y lo que significa de inclusión de diferentes actores históricamente excluidos o marginados. Los diez casos nacionales aludidos representan más de la mitad de los dieciocho que van a tener cabida en el presente estudio.

³ Esa es la principal crítica que se le puede hacer al texto de Scott (1966), sobre el que más adelante se volverá, en la medida en que trataba por igual a los países latinoamericanos a la hora de plantear alguna de sus tipologías, sin tener en cuenta las profundas diferencias existentes en los regímenes políticos de cada país. Al considerar Scott que lo relevante era la naturaleza de la función política de los partidos, incluía en el mismo grupo a casos tan distintos como Paraguay, Chile, Costa Rica, Uruguay, México y Cuba. Taylor-Robinson (2001) ha puesto de relieve en qué medida las funciones de los partidos son diferentes en razón de su desempeño en los periodos previos, bien fueran de carácter democrático, cuasidemocrático o autoritario.

En tercer lugar, los estudios tuvieron una mayor centralidad en un ámbito de carácter sistémico al abordarse los análisis de los sistemas de partidos en un país concreto en un momento dado. El estudio de los partidos, en sí mismos considerados y tratados individualmente, recibió escasa atención y sólo cobró importancia el análisis de las relaciones interpartidistas y de los efectos de las mismas en la política.

Sendos elementos sufrieron una modificación drástica a partir de la década de 1980 cuando la democracia se fue asentando en todos los países latinoamericanos. Las organizaciones partidistas comenzaron a funcionar regularmente a través de la competencia electoral libre y honesta. Sin embargo, los estudios en aquellos inicios no terminaron de abandonar la dimensión sistémica, padeciendo un decepcionante fracaso entre los politólogos a la hora de unir los dos tipos de análisis⁴ o, más aún, de estar dominado el estudio de los partidos por los de los sistemas de partidos⁵. Se ignoraba así la división que dos de los trabajos más influyentes en la segunda mitad del siglo XX habían realizado. Duverger y, en menor medida, Sartori habían dividido sus respectivas obras en dos partes perfectamente diferenciadas de partidos y de sistemas de partidos⁶.

La falta de interés en las funciones que desempeñan los partidos en los sistemas políticos latinoamericanos ha hecho, por tanto, que no se prestase interés al estudio de sus organizaciones. La lógica era clara: si había unas organizaciones cuyo papel se consideraba irrelevante, no tenía demasiado sentido prestar atención a cómo estuviesen estructuradas, a conocer sus normas de funcionamiento interno. Esa lógica explica también que cuando se ha vuelto a tener algo de interés en estudiar los partidos políticos se haya comenzado por los sistemas de partidos.

El déficit democrático crónico en el que se movió América Latina hasta la década de 1980 supuso, además, que la oferta partidista quedara afectada con mayor intensidad por rasgos del propio desarrollo político de la región. Tanto las expresiones populistas como las de corte sultanístico en los sistemas políticos latinoamericanos⁷ terminaron afectando a los partidos que, nacidos tras el primer tercio del siglo XX, se estructuraron sobre ellas. El carácter muy personalista y la vocación excluyente de ambas, así como el modelo de centralidad estatal del populismo, imposibilitaron la libre y abierta competencia política de los actores sociales y, por ende, el normal funcionamiento partidista. La política latinoamericana, por otra parte, se veía sumergida a partir de 1948 en plena *guerra fría*, bajo el estricto paraguas de los Estados Unidos, lo que generó un profundo constreñimiento del juego político por no ser posible la presencia de la izquierda en un gran número de países, ya que fue marginada, cuando no explícitamente reprimida, por su carácter genérico de “comunista” o por sus simpatías, más adelante, con la Revolución Cubana.

La matriz populista junto con la exclusión de la izquierda, tanto de influencia marxista como de vocación nacionalista, orientaron el juego político durante casi medio siglo. Las frecuentes interrupciones armadas que terminaron de afectar a todos los países con mayor o menor intensidad en número y en sus efectos sobre la vida política, con la única excepción de México, contribuyeron a hacer más “anormal” el papel de los partidos. Falta de continuidad, siendo sus dirigentes en muchos casos chivos expiatorios

⁴ Véase Lawson (1976: 19).

⁵ Véase Lawson (1994: ix).

⁶ Duverger (1951) se refiere textualmente a “*la structure des partis*” y a “*les systèmes de partis*”, mientras que Sartori (1976), en la edición en inglés aquí analizada, se refiere a “*the rationale: why parties?*” y a “*party systems*”.

⁷ Véase Alcántara (1997).

de las purgas militares y en otros fastuosos patrones controladores exclusivos del acceso al botín del Estado populista, los partidos vegetaron en un espacio ajeno al interés de la reflexión y del estudio de la Ciencia Política, aunque en su desarrollo histórico su nacimiento se ligara, en muchos casos, al de la propia emancipación de los Estados.

Cuando Duverger escribió su trabajo seminal basado en la evidencia europea sobre los partidos políticos que tanta influencia tendría en las décadas siguientes, la referencia a los casos latinoamericanos estaba ausente. Solamente se registraba una cita al bipartidismo uruguayo y a su relación “con un sistema electoral ingenioso”⁸. Su estudio ya no tenía las constricciones de falta de difusión de la información política como pudo ocurrirle medio siglo antes a Ostrogorski o al propio Michels en cuyos trabajos la ausencia de toda referencia a la rica realidad latinoamericana era claramente notoria contribuyendo a obscurecer dicha realidad durante mucho tiempo. Tendrían que pasar casi dos décadas para que vieran la luz una pléyade de trabajos significativos e influyentes⁹.

Para entonces la gestación del concepto de partido popular atrápalo-todo (*catch-all people's party*) basado en los casos europeos de las dos décadas siguientes al final de la Segunda Guerra Mundial había resultado útil para entender teóricamente las típicas expresiones de los partidos populistas latinoamericanos. Las cinco notas características de los partidos atrápalo-todo eran perfectamente válidas para muchos casos latinoamericanos donde la realidad tenía un fuerte componente de laxitud ideológica y de multiclasicismo. En efecto, la drástica reducción del bagaje ideológico del partido, el refuerzo de los principales grupos que ejercían el liderazgo y cuyas acciones se medían en términos de eficiencia y no en la identificación con los objetivos de su organización particular, la degradación del papel de los miembros individuales del partido, la pérdida de énfasis de una específica clase social o clientela en favor del reclutamiento de los votos entre la población en general y el seguro acceso a una variedad de grupos de interés, eran las notas definitorias del nuevo modelo establecido¹⁰. Sin embargo, este concepto no explicaba el origen de los partidos populistas latinoamericanos basado en expresiones caudillistas, en la necesidad de la inclusión en el sistema político de amplios sectores sociales y otras reivindicaciones de lo nacional popular por medio de demandas revolucionarias. Por otra parte, este nuevo tipo de partidos estaba a caballo entre los partidos de masas y los partidos de cuadros, definidos por Duverger, por cuanto que movilizaban a un gran número de personas como los primeros, pero poseían un control centralizado como los segundos. No obstante, en América Latina los partidos de masas apenas si habían tenido presencia salvo en breves momentos y para casos aislados en Chile y Uruguay, mientras que los partidos de cuadros iban quedando desacreditados como consecuencia de los procesos de movilización social y de modernización que sufrió la región a partir de 1950.

De esta manera, y hasta el comienzo de la década de 1970, los trabajos tenían una clara orientación nacional estando ausente la incorporación de los distintos análisis a las corrientes teóricas del momento. Se trataba, sobre todo, de estudios de carácter histórico

⁸ Véase Duverger (1951: 241).

⁹ Se trata de los trabajos de Manigat (1969), de Fitzgibbon (1970), de Caldera (1970), de Hilliker (1971) y de Alexander (1973) sobre los que se volverá más adelante. La bibliografía trabajada por Kantor (1968) pone igualmente de manifiesto este vacío regional.

¹⁰ Ver Kirchheimer (1966: 190).

en los que, en muchos casos, el hilo conductor era la figura presidencial¹¹. Un repaso a la literatura académica partidista del momento arroja un pobre y desigual resultado¹². Pero además, el influyente artículo de Scott¹³ se encargó de debilitar intelectualmente aún más a los partidos en la región al considerar que su función en el proceso de desarrollo político de la misma era “muy negativa y pobre”. Esta visión pesimista fue coincidente con la que un poco después articuló Manigat al poner en duda “el sitio y la importancia real” de los partidos¹⁴. No obstante, en ambos casos la incidencia se registraba en torno al concepto sistémico de partidos, es decir de los partidos en el marco de sus interrelaciones. Poco se referían a la estructura interna de los mismos. En este apartado se producía un diagnóstico que concebía a la generalidad de los partidos como personalistas, con una participación popular muy restringida y esporádica, y una clara inexistencia de la maquinaria partidista en el nivel local que se veía substituida por un puñado de notables. Eran partidos con unas estructuras y prácticas aparentemente democráticas, organizados horizontal más que verticalmente, con distinciones de clase, regionales y funcionales, y no con una militancia integrada y que cruzara los distintos sectores sociales. La mayoría de los partidos eran, por otra parte, más temporales que permanentes y la afiliación tenía un carácter grupal y no individual¹⁵. En definitiva, se trataba de partidos incapaces de darse “una organización fuerte, articulada, permanente” y poseídos de una “débil cohesión y falta de homogeneidad”¹⁶.

Frente a estos dos textos surgió un intento relevante de elaborar una tipología de los partidos políticos para ciertos casos latinoamericanos¹⁷. Rechazando para la región las clasificaciones de izquierda-derecha por inútiles¹⁸, la propuesta se centraba en los conceptos de movilidad partidista y de percepción partidista. La primera se refería a la probabilidad que un partido tiende a aliarse con otro u otros partidos, describía los medios y métodos que se consideraban legítimos en los intentos de un partido para alcanzar poder e influencia. La segunda era relativa a la manera en que un partido contemplaba los problemas de la sociedad y su resolución, implicaba algo relativo a los

¹¹ Siempre refiriéndome a antes de 1975, sin duda Chile centra mayoritariamente la atención aportando un buen número de estudios (Edwards, 1949; Gil, 1962; Guilisati Tagle, 1964; Grayson, 1968; Echaiz, 1971 y Angell, 1972), seguido de Argentina (Puiggross, 1956; Ciria, 1964; Snow, 1965 y 1971; Cantón, 1973) y de Colombia (Salamanca, 1961; Sepúlveda Niño, 1970; Murillo, 1973 y Latorre, 1974). Los restantes casos reciben aún una menor atención. Así, se contabiliza Bolivia (Rolón Anaya 1966), Brasil (Lima Sobrinho, 1956 y Peterson, 1962), México (Moreno, 1975), Nicaragua (Walker, 1970), Perú (Távora, 1951), Uruguay (Pivel Devoto, 1942 y Bruschera, 1966) y Venezuela (Cárdenas, 1966 y Levine, 1973)

¹² Kantor (1968) en su exhaustivo trabajo identificó 2110 títulos entre monografías, artículos y documentos relativos a los partidos políticos de los países latinoamericanos publicados fundamentalmente en las décadas de 1950 y de 1960 (aunque también recogió títulos anteriores). Es interesante conocer la desigual distribución por países de ese número de referencias. Entre Brasil, Venezuela y Argentina acaparaban casi la mitad de los títulos (16%, 16% y 14% respectivamente). En segundo término se encontraban Perú, Chile y México con el 8%, 7% y 7% respectivamente. En tercer lugar se situaban Costa Rica, Uruguay, Colombia, Cuba y República Dominicana en un rango del 3-4%. Los restantes de los países ofrecían referencias en porcentaje rondando el 1%.

¹³ Véase Scott (1966: 336). Influyente por cuanto que estaba incorporado al libro editado por LaPalombara y Weyner (1966), en el que también se encontraba el trabajo de Kirchheimer (1966) que fue la aportación que le dió prestigio habida cuenta de su inmediato fallecimiento-, y que fue decisivo para entender el papel de los partidos en el desarrollo político en las dos décadas posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial.

¹⁴ Véase Manigat (1969: 16)

¹⁵ Véase Scott (1966: 337-338)

¹⁶ Véase Manigat (1969: 17-18)

¹⁷ Se trata del estudio de Ranis (1968) para México, Venezuela, Colombia, Perú, Brasil, Chile y Argentina sobre la base de dos dimensiones.

¹⁸ Lo cual no haría sino sumarse al mito que más adelante quedará desarticulado.

valores del partido y a la naturaleza de su compromiso al cambio social y al grado de certeza con el que creaba objetivos definitivos para el conjunto de la sociedad¹⁹. Este esfuerzo apenas si tuvo continuación en la medida en que la vorágine del autoritarismo eclipsó las posibilidades de un estudio más continuado en la misma línea.

Por otra parte, el desarrollo de la producción teórica más moderna sobre los partidos políticos coincidió con la etapa generalizada de autoritarismo en América Latina. Diversos trabajos con un alto grado de influencia²⁰, apenas si hacían referencia a los casos latinoamericanos ni pudieron ser objeto de proyección inmediata allí debido a la situación en que se encontraba la región²¹. La inestabilidad democrática de América Latina pudiera estar en la explicación de que en el influyente trabajo editado por Katz y Mair²² donde se analiza la estructura interna y organizativa de setenta y nueve partidos de doce democracias desde 1960 no se recogiese ningún caso latinoamericano a pesar de que muy bien habrían podido figurar, por su continuismo en la práctica democrática, Costa Rica y Venezuela. Algo que también ocurrió para el trabajo de distinta naturaleza compilado por Lawson²³.

A pesar de que, como ya se ha señalado, en los citados trabajos teóricos de Duverger y de Sartori se equilibraba perfectamente, más en el primero que en el segundo, el estudio de los partidos analizando por separado “la estructura de los partidos” y “el sistema de partidos”, la preocupación por el estudio de la organización de los partidos políticos ha gozado de menor predicamento que su consideración más sistémica. Incluso el legado del significado de la decadencia de los partidos de masas, en los que sus organizaciones se definían primariamente con referencia a sus relaciones con la sociedad, había terminado por desanimar a la investigación empírica en el ámbito organizativo²⁴. De hecho, los análisis sobre los sistemas de partidos han tenido una mayor presencia en la literatura especializada, tanto desde una aproximación de estudio de caso como comparada²⁵. Posiblemente ello se deba a una mayor plasticidad en los efectos que el juego entre partidos comporte a la política. En la idea de sistema de partidos subyace la de confrontación política, de conflicto, extremos éstos más visibles y de consecuencias inmediatamente relevantes.

¹⁹ Véase Ranis (1968: 803)

²⁰ Véase Sartori (1976), Lawson (1976), Katz (1980) y Panebianco (1982). En ese ámbito, solamente los estudios de Belloni y Beller (1978) y de Harmel y Janda (1982), fueron una excepción al incorporar el primero en su análisis dos trabajos de McDonald y Mitchell sobre un estudio comparado de la faccionalización de los partidos de Uruguay y de Colombia y de Bolivia, respectivamente, y el segundo de entre una treintena de países a cinco latinoamericanos (Guatemala, Ecuador, Perú, Uruguay y Venezuela).

²¹ De los cuatro, Sartori es el que viene a conocer algo mejor la región ya que en diversos pasajes de su libro incluye los casos de México, para definir su sistema de partidos como de “partido hegemónico programático” (1976: 232), de Chile, aplicando su conceptualización de “pluralismo polarizado” (1976: 159 y ss.), y de Uruguay, caso inserto en un especial bipartidismo (sic - a pesar de que desde 1971 con la irrupción del Frente Amplio éste había terminado), con partido predominante y una oculta “federación multifraccional de sublemas” (1976: 215). Lawson (1976: 69, 95 y 117) únicamente se refiere al mexicano Partido Revolucionario Institucional (PRI) como ejemplo de formación integrada por grupos de interés organizados en sectores.

²² Véase Katz y Mair (1992) que seguían a Eldersveld (1964)

²³ Aunque doce capítulos que integran el libro sí se referían a realidades tan distintas como Alemania, Francia, Nueva Zelanda, Estados Unidos, Noruega, Japón, India, Bélgica, Israel, Chequia, Eslovaquia, Polonia, Gran Bretaña y España. Lawson (1994)

²⁴ Véase Mair (1994: 3)

²⁵ Bastaría acercarse a los índices de la revista *Party Politics* (Londres: Sage Publications) o a las numerosas monografías sobre sistemas de partidos desde una perspectiva nacional de entre las que como muestra de la última década cabría referirse para Europa occidental a: Braunthal (1996), Broughton y Donovan (1999), Maor (1997), Morlino (1996), Pennings y Lane (1998), Pridham y Lewis (1996) y Ramirez (1991)

Sin embargo, una nueva oleada de trabajos²⁶ quebró este sesgo sistémico volviendo a la clásica línea que ponía mayor énfasis en aspectos organizativos e internos²⁷. El interés en la organización partidista se debía fundamentalmente a tres razones ya señaladas con anterioridad: la necesidad de conocer lo que había mediante la pura descripción de algo con características “tan irregulares, amorfas y mal definidas”; en segundo término porque si se creía que la organización y procesos que envolvían a los partidos estaban relacionados “con fines substantivos tales como la democracia, la representación de intereses y la eficiencia gubernamental” el estudio de aquellos era imprescindible “para entender, predecir o alterar” el curso de la política²⁸; finalmente, porque eran espacios que el imaginario social terminaba dotándoles de significado simbólico en el que identificarse y proyectar deseos a través de sus programas, proclamas y líderes, cuyo conocimiento se hacía imprescindible desentrañar para entender algo de la acción colectiva.

Lo que el volumen de Katz y Mair²⁹ vino a poner de relieve fue la circunstancia de que todo partido político podía ser estudiado como un sistema en sí mismo, visión que ya habían desarrollado antes Crotty y Eldersveld en diferentes trabajos, pudiéndose considerar como un poliedro de tres caras en cuyo seno se desarrolla la política indefinidamente con diferentes coaliciones de fuerzas y de actores en competición por el dominio del partido. Las caras se referían al partido como una organización de miembros voluntarios, como una organización de gobierno y como una organización burocrática. Al llevar a cabo esta separación quedaba morigerado el impacto de la posible decadencia del partido de masas ya que únicamente aparecía debilitado el partido en la calle, mientras que se reforzaban las caras del partido que constituían sus oficinas centrales y el desempeño del oficio público³⁰.

Esta aproximación al estudio del partido como unidad singular de análisis ha tenido un éxito evidente a partir de aquella fecha. Aunque los trabajos se multiplicaron, Panebianco se había encargado de recordar en qué medida “el análisis de los partidos como organizaciones complejas estaba todavía en su infancia”³¹. Particularmente significativos fueron los llevados a cabo en Europa³². Se señalaba en qué medida los partidos del sur de Europa habían adoptado un tipo de modelo relajado de partidos de masas. Su carácter incompleto se debió a que estuvieron carentes de estructuras funcionales (como la célula u organización similar en el lugar de trabajo), de actividades de educación política y de organizaciones colaterales. En su evolución, la llamada a los votantes y la necesidad de ampliar su base social para ofrecerse como un partido de gobierno les empujó a un reblandecimiento ideológico general abandonando el perfil tradicional de partidos de masas. De esta manera, la caída en el ámbito de la caracterización como partido de gobierno supuso un cambio drástico en su evolución³³.

²⁶ Véase Katz (1980), Panebianco (1982), Katz y Mair (1992, 1994 y 1995), Ware (1996) y Mair (1994 y 1997). Muy recientemente para casos españoles Lagares Díez (1999), Méndez Lago (2000) y García Guereta (2001)

²⁷ De Ostrogorski (1902), Macy (1904), Michels (1911) y, mucho más recientemente, Crotty (1968)

²⁸ Véase Hennessy (1968: 2-3)

²⁹ Véase Katz y Mair (1992)

³⁰ Véase Mair (1994: 4)

³¹ Véase Panebianco (1982: xviii)

³² Véase Hix y Lord (1997). Pudiéndose destacar para el sur de Europa el trabajo editado por Ignazi e Ismal (1998) y para el este y centro de Europa los de Lewis (1996) y Kopecky (1996)

³³ Véase Ignazi e Ismal (1998: 287)

En cuanto a los nuevos partidos de Europa central y oriental se recogían tres características estructurales que, en primer lugar, parecían inclinarles a una más cercana dependencia del Estado de la que fue el caso en los tempranos pasos del desarrollo partidista en Europa occidental. En segundo término, el papel del liderazgo personalista era considerado como un factor central. Finalmente, la organización partidista era muy débil. En general, los partidos eran de nuevo tipo, se trataba de asociaciones de simpatizantes dirigidos por una elite política y un aparato profesional del partido como organizaciones del sector terciario proveyendo servicios públicos a una clientela electoral vagamente constituida³⁴.

Sin embargo, para América Latina los estudios llevados a cabo han tenido un carácter diferente. De entre la numerosa literatura producida en los últimos tres lustros, se destaca como denominador común el interés por la aproximación desde la óptica de “sistemas de partidos”. Un examen de la misma recogida en compilaciones³⁵ así lo pone de manifiesto. Incluso los textos más influyentes en la última década están en la misma línea³⁶. Paralelamente se registró el doble intento de Coppedge de establecer una clasificación de los sistemas de partidos en América Latina. El primero de sus estudios³⁷ se realizó para once países latinoamericanos en base a la clasificación de ochocientos partidos en el continuo izquierda-derecha (izquierda, centro-izquierda, centro, centro-derecha, derecha), en el binomio cristiano-secular y en su carácter personalista, otro o desconocido. El segundo³⁸ se refirió a todo el siglo XX sobre la base de los resultados obtenidos en 150 elecciones legislativas y teniendo en cuenta las cinco variables que suponían la ideología, la polarización, las posiciones medias en la escala izquierda - derecha, la fragmentación y la institucionalización.

También se dieron trabajos en los que los partidos eran las propias variables independientes³⁹. Solamente se produjeron tímidas excepciones en relación a la dimensión no sistémica en estudios de casos nacionales, como los llevados a cabo para República Dominicana⁴⁰ y para Venezuela⁴¹ al referirse, este último, a la existencia de tres arenas políticas conformadas por el ámbito partidista relacionado con el propio poder (*power party*), lo electoral (*electoral party*) y las políticas públicas (*policy party*). La ausencia de un proyecto de estudio más ambicioso de los partidos como unidades individuales con características comparadas era así evidente.

El referido texto de Alexander⁴² había supuesto un esfuerzo interesante para llevar a cabo un estudio del universo partidista latinoamericano desde una perspectiva comparada al que siguió un largo vacío de producción académica. Alexander hizo una

³⁴ Véase Lewis (1996: 16) y Kopecky (1996: 517)

³⁵ Véase Alcántara et al (1992) y Freidenberg y Alcántara (2000)

³⁶ Tras el éxito del periodo de las transiciones a la democracia (Di Tella, 1993a), los diferentes trabajos se centraron en los sistemas de partidos y en sus efectos sobre la consolidación democrática, bien fuera a través del impacto de las elecciones (McDonald y Ruhl, 1989 y Nohlen, 1993), la relación con el desarrollo político (Di Tella, 1993b), el proceso político (Dutrénit y Valdés, 1994 y Perelli et al, 1995), el peso de la institucionalización (Mainwaring y Scully, 1995, Cavarozzi, 1995 y Mainwaring, 1998), la forma de gobierno (Mainwaring y Shugart, 1997), la financiación (Del Castillo y Zovatto, 1998), la competición intrapartidista moderada (Norden, 1998) y los drásticos cambios acaecidos al sistema de partidos (Carrasquero et al, 2001)

³⁷ Véase Coppedge (1997)

³⁸ Véase Coppedge (1998)

³⁹ Véase Ramos Jiménez (1995 y 2001) e IRELA (1997), si bien los estudios del primero cuentan con escasa empiria.

⁴⁰ Véase Hartlyn (1998) y Jiménez Polanco (1999)

⁴¹ Véase Coppedge (1994)

⁴² Véase Alexander (1973)

aproximación clásica que daba cabida a una doble vertiente: la incorporación de aspectos castizos de la realidad latinoamericana y la visualización de la política con el crisol ideológico surgido tras la Segunda Guerra Mundial. De esta manera, consideraba la existencia de seis tipos de partidos que podrían integrarse en dos grupos de acuerdo con los dos criterios señalados. En el primer grupo, estarían inicialmente los partidos personalistas y tradicionales donde se integraban aquellos que no habían sido capaces de reflejar los cambios acaecidos en la economía y en la sociedad de América Latina desde la Primera Guerra Mundial. Según Alexander se trataba de los partidos Liberales, Conservadores, Radicales y aquellos otros dominados por Caudillos (Trujillo, Velasco Ibarra, Arnulfo Arias). En segundo lugar se recogían los partidos de corte nacional revolucionario surgidos de una matriz nacional propia, sin injerencias foráneas, con un fuerte carácter revolucionario en temas económicos y sociales, y con una organización muy articulada sobre otros grupos sociales. Eran el Partido Aprista Peruano, Acción Democrática de Venezuela, el Partido de Liberación Nacional de Costa Rica, el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia, el Partido Popular Democrático de Puerto Rico, el Partido Revolucionario Institucional de México, el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) y el Partido Revolucionario Dominicano. En tercer lugar aparecía una variopinta categoría de “partidos miscelánea” en la que entraban los partidos brasileños y el Partido Peronista argentino. En el segundo grupo se darían cabida a los partidos socialistas, los de filiación demócratacristiana y los totalitarios.

Alexander llevaba a cabo una clasificación ciertamente inconsistente en sus criterios taxonómicos, pero que tenía la virtud de querer incorporar todos los casos existentes en América Latina. Por otra parte, no se trataba tanto de un retrato del estado de la cuestión en el momento de escribir su libro, cuanto de la posibilidad de encasillar a las unidades de análisis existentes de acuerdo con los criterios prefijados. En ellos era evidente que un peso notable era dado al origen del partido, con independencia de que en el momento de su estudio éste se encontrara más o menos alejado de sus presupuestos iniciales. Origen que se refería tanto a la adscripción de patrones propios latinoamericanos (el peso del caudillismo, la tradición populista, el papel del Estado), como de otros foráneos (el comunismo, la socialdemocracia, la democracia cristiana). No se hacía referencia, no obstante, a su rendimiento político-electoral, ni a aspectos burocrático-organizativos internos.

Un cuarto de siglo más tarde⁴³, la política latinoamericana ha entrado en un nivel de normalización que ha hecho que la competencia electoral sea el marco de referencia del juego entre partidos. La política ha asentado procedimientos que se repiten secuencialmente y que permiten llevar a cabo una aproximación a la misma siguiendo las claves de los autores citados anteriormente que han estudiado la realidad europea. Si en ella los partidos que estaban básicamente orientados hacia la sociedad como eran los partidos de masas europeos habían terminado adoptando un estilo de vida organizativo de arriba a abajo, en la línea del partido atrápalo-todo⁴⁴ o del partido profesional electoral⁴⁵, ¿cómo se habría trasladado ello a la realidad latinoamericana? Además, el giro hacia el Estado, que había compensado el debilitamiento del lazo con la sociedad, terminando por hacerles pasar de puros intermediarios independientes entre el Estado y la sociedad a

⁴³ El tiempo transcurrido entre los trabajos de Alexander (1973) y Coppedge (1997, 1998)

⁴⁴ Véase Kirchheimer (1966)

⁴⁵ Véase Panebianco (1982)

colocar ahora al Estado en dicho papel intermediador entre ellos y la sociedad⁴⁶, ¿no estaría comenzando lentamente a producirse en América Latina? La reciente abierta discusión en torno a la importancia que para el Estado representa la necesidad de apoyar a los partidos para consolidar, o incluso hacer sobrevivir, a las incipientes democracias⁴⁷ ha suscitado, entre otros, el debate de la insólita, en términos históricos, financiación pública de la política en la región⁴⁸. Ello sería un botón de muestra de dicho giro, al igual que el persistente patrón actual relativo a la existencia, por primera vez en muchos años, de una clase política estable y profesionalizada que se asienta en las oficinas de los partidos y en los cargos públicos a los que éstos tienen acceso.

Se trata, por tanto, de hacer el esfuerzo de incorporar a la línea de análisis politológico más extendida y actual el estudio de los partidos latinoamericanos. Ello es un imperativo de primera necesidad por cuanto que los partidos son los instrumentos básicos sobre los que se asienta la democracia representativa. Y son organizaciones de las que, sin embargo, se conoce poco su génesis y los efectos de la misma sobre su desarrollo posterior, su estructura interna, la forma en que engarzan al régimen político con la sociedad mediante su oferta programática y los símbolos que la envuelven, la captación de militantes y su proyección hacia puestos de poder.

El objeto de este libro se sitúa, pues, en este nivel. Para entender mejor los sistemas políticos de América Latina se pretende ofrecer un marco interpretativo de sus partidos políticos desde la perspectiva de la incorporación de una visión que integre aspectos fundamentales de la literatura académica con la propia realidad política de la región. Se tiene como objetivo realizar tipologías amplias y ciertamente ambiciosas de los partidos relevantes existentes en 2000 incorporando criterios clasificatorios que recojan los aportes de la literatura y que, en su conformación teórica, soslayaron tradicionalmente a América Latina como referente de estudio.

Para todo ello, el libro, tras este capítulo introductorio, se articula en otros cuatro capítulos centrales y un capítulo de conclusiones. En el segundo capítulo se presenta la evolución de las grandes líneas temáticas en el estudio de los partidos políticos producidas a lo largo del siglo XX para concluir con una propuesta de estudio de aquellos partidos latinoamericanos que se consideran relevantes y que quedan clasificados de acuerdo con unos criterios que pretenden medir su nivel de éxito electoral aspecto éste que se intentará relacionar con los analizados en las páginas siguientes. En el capítulo tercero se aborda el origen de los partidos latinoamericanos teniendo en consideración diferentes notas que definen el mismo. El capítulo cuarto analiza la ideología y la oferta programática que realizan los partidos aportando con consistencia ideas sobre la rigurosa coherencia de las distintas formaciones partidistas y el sentido de diferentes clasificaciones. El quinto capítulo presenta ciertos aspectos relativos a la organización y la estructura interna de los partidos mostrando una neta evidencia empírica acerca de las dificultades a la hora de llegar a taxonomías sobre la base de criterios simples de

⁴⁶ Véase Mair (1994: 8)

⁴⁷ Mair (1994: 11), irónicamente, hace constar, para el caso europeo, que más que pensar que es el Estado quien ayuda a los partidos, son ellos los que se ayudan a sí mismos mediante la acción legislativa, aunque en nombre del Estado.

⁴⁸ Pero no hay que referirse únicamente a la cuestión de la financiación directa, también existe un tipo de financiación "en especie", consistente en la posibilidad que se abre de dar trabajo a los cuadros más relevantes de un partido, profesionalizándoles a cargo del erario público. Este sería el caso en Costa Rica del partido Fuerza Democrática que ve como sus dirigentes son empleados en puestos de asesoría a su grupo parlamentario en el Congreso. Algo similar a lo acontecido en España, temporalmente, para con el líder cesante de Izquierda Unida quien, una vez no renovado su escaño, permaneció como asesor parlamentario.

clasificación. El libro se cierra con un capítulo de conclusiones donde se recapitulan los principales elementos abordados y se presentan con un carácter relacional. Por último se dan cabida, en los anexos que acompañan al final al texto, a los cuadros y tablas en los que se vierten los datos recogidos de las entrevistas que supuso el trabajo de campo y que componen, además de un rico inventario para los investigadores interesados, el soporte empírico del presente volumen.